

# Alegría y quehacer del analista

HÉCTOR GARCÍA DE FRUTOS

## 1- Las razones del analista no son las vacilaciones del sujeto

Las razones de una práctica no por ser serias deben estar reñidas con el contento. ¿Hay alegría en ocupar el lugar del analista? Balizar un razonamiento tomando este punto de partida no lleva solo a la exploración epistémica, sino a la experiencia de la praxis. Y en la praxis, ¿qué hace realmente un analista, o qué se espera que haga? No se espera que opine; menos aún que juzgue. Si se orienta por Freud y por Lacan, corresponde más bien que interprete en consonancia con una razón ajena a sí mismo, no que intervenga porque le concierne íntimamente, o a partir de los afectos que le suscita lo que escucha. A este respecto, es pertinente recordar las reservas que Freud mostraba respecto del uso de la contratransferencia como herramienta interpretativa<sup>1</sup>.

---

1 Varias de ellas quedan sucintamente expuestas en: Álvarez, Margarita. (2015). "El deseo del analista: un recorrido conceptual". En, Cuadernos de *psicoanálisis* 34.

Eso no quiere decir que el analista sea inerte. En el escrito de Lacan “Alocución sobre la psicosis del niño” resultan singulares, casi inesperadas, sus consideraciones sobre la alegría. Particularmente, la oración que cierra la intervención:

¿No es acaso porque hay que contestarla – se refiere a la segregación – por lo que vislumbramos ahora por qué probablemente Freud sintió que debía reintroducir nuestra medida en la ética por medio del goce? ¿Y no es tratar de actuar con ustedes como con aquellos para quienes la ley desde entonces es dejarlos con la pregunta: qué alegría encontramos en eso que constituye nuestro trabajo? (2012: 389)

Puede entonces considerarse una alegría que es preciso dilucidar.

Atender el padecimiento psíquico, aun optando por no dilapidar su causa en el muro explicativo del propio prejuicio (siendo éste el mecanismo de funcionamiento de la atención psicológica), no es forzosamente alegre. Ya lo indica Lacan: cierta ley nos deja con el interrogante. Es posible entender esa ley como la que prohíbe cierto tipo de presencia del analista en lo que concierne al trabajo que conviene desarrollar en la cura (2012: 390). En el texto que nos ocupa, Lacan señala que el analista como sujeto sexuado no debe entrar en la ecuación: el acto analítico excluye la pareja (2012: 386). La forma en que Lacan lo expresa en esta alocución indica que esto vale tanto para el analista en lo social, dónde no sabría hacer pareja mejor que cualquier otro, como en la consulta. Al atender, el goce que se pone encima de la mesa es el del analizante, y sólo ese. Es especialmente llamativo el significante que Lacan emplea para reafirmar el acto freudiano sobre este punto: “*nuestra medida*”. La medida en el goce bien podría ser el falo, que permite la significación del deseo; a la vez, la medida evoca la disposición, la prevención que puede tenerse respecto de la ética cuando uno contempla que hay el goce, esta vez leído como pulsión de muerte.

Ahora bien: que no deba haber goce en el obrar del analista no impide que Lacan conciba que haya en su quehacer cierta alegría. Ciertamente, en ningún caso resulta evidente, pues la evidencia no llama a preguntas. Si el analista se topa con afectos en su práctica, quizás le son más llamativos los que lo incomodan: inquietud, desasosiego, angustia incluso. ¿Qué le lleva a persistir en su lugar? Hay sin duda razones que van más allá del afecto, que puede ser expresión de las mismas.

En el “Prefacio a la edición inglesa del seminario XI” (2012), Lacan da cuerpo a esa pregunta:

¿hay casos en que otra razón lo lleva a usted a ser analista que no sea la de instalarse, es decir, recibir lo que corrientemente se llama guita, para atender las necesidades de sus a-cargo, en cuya primera fila está usted mismo, según la moral judía (en la que se mantenía Freud en este asunto)? (2012: 600)

Aquí invoca la moral judía, no la ética: es una sorpresa. Parece claro que la frase indica que uno podría atender por el dinero, pero en caso de estar implicado auténticamente en eso queda preocupado por otra razón, y cuestionado más allá del sustento. Lacan precisa luego que esta pregunta es exigible para sostener el estatuto de una profesión, y eso es, sin sombra de duda, una apuesta. Especialmente si consideramos la hegemonía del discurso capitalista que sacude hoy las riendas del amo, empujando hasta consumirse a cualquier desempeño siempre que rinda una plusvalía.

Este fragmento del *Prefacio* introduce una expresión, la de ‘ser analista’, que remite a esta razón Otra; resuena además particularmente, pues Lacan había argumentado anteriormente en favor de la falta en ser del analista<sup>2</sup>. Jacques-Alain Miller brinda un primer marco (histórico y epistémico) de lectura de esta cuestión:

---

<sup>2</sup> Ser analista, no es algo en lo que uno pueda instalarse, propiamente. Es preciso recordar aquí planteamientos anteriores a este respecto que alejan la posición del analista de cualquier esencia.

la problemática del ser analista es una problemática que no surgió antes de Lacan. Lo que existía antes de Lacan era la problemática profesional del psicoanalista; mientras que en este abordaje que pasa a través del objeto a, la noción de una metamorfosis del sujeto surge la noción del ser analista. (1998: 7)

Sin duda se requiere una metamorfosis para sostener esta profesión, puesto que de quién la ejerce no se espera un trabajo; es más bien el analizante quién trabaja en las vueltas dadas a su inconsciente, desbrozando sus inercias para despejar de ellas un saber apuntalado en la verdad. ¿Qué esperar del analista, entonces? Un acto que consiste esencialmente en no hacer, como señala Lacan en su Seminario sobre el acto analítico (Inédito). Éric Laurent da énfasis a esta idea paradójica al indicar que el acto analítico se opone a la acción (2000: 22). Apunta más bien a autorizar simbólicamente la asociación libre; que se avale que lo que allí se dice vale. Pero hay un más allá: al analista le corresponde también, y esto introduce un espesor suplementario, sostener el hacer del analizante, acto en el que está implicada la presencia del analista (Lacan: Inédito). ¿De qué presencia se trata? Es distinta de la que se evocaba antes en el texto, la presencia como ser sexuado. Consiste en estar presente como semblante de objeto, por oposición al estar ahí como sujeto (la *epistémé* occidental opone estos dos términos y el psicoanálisis no es ajeno a su contexto cultural).

Tampoco puede descartarse que esa presencia aluda a la interpretación: incidir, preguntar, vaciar, hacer la contra al inconsciente según el discurrir de la cura... son modalidades de estar ahí que implican

---

Del analista, Lacan dice que “haría mejor en ubicarse en su falta en ser que en su ser” en “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En el “Discurso en la escuela freudiana de París” distinguirá con claridad el “*deseo del analista*” del “*confuso deseo de ser analista*”. Finalmente, en “Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad”, afirma: “Lo que expresa el “yo no pienso” del analista es esa necesidad que lo arroja en el desierto”. En definitiva, no hay ontología de la posición del analista, al menos en las elaboraciones de entre finales de los años 50 y finales de los 60.

al analista más allá del desear, de la escucha silenciosa, del que hace el muerto.

A cada uno de estos matices de la práctica hacen obstáculo las emergencias imprevistas de la posición subjetiva, que rasgan el semblante de objeto que corresponde al lugar del analista y ponen en jaque su estrategia prínceps: la transferencia.

## 2- Acerca de la alegría en el escrito *Alocución sobre la psicosis del niño*

En el punto anterior, hemos situado que puede haber una alegría en el analista. También, que el que se presta a la profesión inaugurada por Freud debe considerar motivos más allá de la remuneración para hacer su trabajo. Finalmente, que hacer de semblante de objeto es una primera traducción que podríamos dar a la presencia del analista que conviene.

De estas consideraciones se desprende que la posición del analista precisa alejarse de la propia persona, de las pasiones, de la voluntad o de los objetivos terapéuticos. Examinemos de nuevo la alegría desde este perfil, tal y como la menciona Lacan en el cierre del texto *Alocución sobre la psicosis del niño*: tras una mención a la ética de Freud, y bajo la forma de una pregunta.

Como se precisó antes, la cita sigue a una advertencia acerca de la segregación. En el contexto del escrito, esta segregación es la propia de una época de la cual puede decirse que no hay personas mayores. Lacan lo denomina época del “*niño generalizado*”. ¿Niño respecto de qué, exactamente? Es posible leer que respecto de la autorización al goce. Este ‘ser niño’ es la identificación que sostiene la interdicción bajo mínimos en la que vive la contemporaneidad; un S1 respecto del cual, por su radical actualidad, es imposible discrepar, y que podría enunciarse así: mientras no se moleste a nadie, hágase lo que se quiera. Es una invitación que tiende a traducirse en términos de hedonismo: gócese como y cuanto

se quiera, y a ser posible un poquito más. Pero este poquito de más puede llevar más allá del placer, al *pathos*. Situar el goce al desbrozar la represión moral, articulándolo a una ética, es la posición que Freud inaugura: así lo indica Lacan antes de la frase que nos ocupa.

Desarraigado del juicio del *Ich*, respecto de la pulsión, el sujeto siempre es feliz: ésta es la lectura que Miller propuso (2013: 111) de un dicho de Lacan en “Televisión” (2012: 535- 578). La satisfacción pulsional siempre encuentra su meta positiva en su fuente misma: el propio cuerpo. Hoy, la perversión polimorfa es la de cada quién en la medida en que responde al imperativo de satisfacción, gadgets mediante. Interrogar esa felicidad es algo que se puede esperar de un análisis.

Es oportuno distinguir esa suerte de felicidad autoerótica de la alegría que evoca Lacan respecto del trabajo del analista. La cita permite, posiblemente, una segunda lectura. Esta alegría no es sin otros, puesto que hay “aquellos” además de los “ustedes” dice Lacan. “Aquellos” son los que acceden a la ley del análisis, es decir, aceptar asociar significantes sin que se dé un cierre de sentido prefabricado a la elaboración. Introducir por esa vía una pregunta por el goce, es propiamente lo que se produce en un análisis, vía el deseo. Los analistas deben permanecer en el mismo camino: interrogar el propio goce. No en vano, son producto de su labor analizante, y de los restos que este recorrido ha producido. Si hay restos quiere decir que se cedió, que ha quedado algo, y que ese algo no es un todo. Un analista se ve llevado a su lugar al renunciar a esa felicidad pulsional que encontraba en la repetición, lo cual le permite en ocasiones estar disponible para la contingencia. Dicho de otra forma: no puede haber analista sin cesión de goce en el propio análisis. La alegría concierne, posiblemente, al margen que queda para el encuentro, para lo imprevisto, para la respuesta sorpresiva.

### 3- Del control como afinado del deseo del analista

Ahora bien: no toda cesión de goce en análisis tiene por consecuencia que el sujeto tenga a bien instalarse como analista. Si la definición de analista es la de un sujeto analizado, que ha alcanzado el final de su análisis, entonces puede concebirse lógicamente un analista empleado en distinto ámbito laboral. En efecto, una cosa es el producto obtenido, un analista; otra que el ser hablante concernido decida hacer de eso su profesión. Y es que eso que Lacan nombra como deseo del analista no es abrir un consultorio. Tampoco equivale a desear ser analista, ni a desear que otros se analicen. Por eso, se han necesitado otros términos para aclarar ése ‘deseo del analista’: “*deseo como objeto*” (1987: 21) o “*deseo de obtener la diferencia absoluta*” (1987: 284), postulaba Lacan en el *Seminario 11*; “*deseo de saber*”, en expresión de Jacques-Alain Miller (2005: 415); “*deseo del análisis*” más bien, precisa Alexandre Stevens (2001); “*deseo de nada*”, en sintagma acuñado recientemente por Pierre Naveau (2014). Podemos concebir, así, que no se alcanza este deseo del analista sino por aproximación. No es una entidad. Como se desprende claramente de la aseveración de Lacan: “El deseo del analista es su enunciación” (2012: 270). Tampoco es por tanto un concepto fundamental del psicoanálisis, sino un acontecimiento que puede verificarse caso por caso, instante a instante. No se aborda pues por vía epistémica, como un constructo o una hipótesis, sino que resulta contingente. Tampoco se da necesariamente: Lacan nunca negó a otros el significante ‘psicoanalista’, pese a que su práctica no contemplara el deseo del analista; todo indica, sin embargo, que sí se las ven con la pulsión, la transferencia, la repetición, o el inconsciente.

Por otra parte, si el deseo del analista es solidario del atravesamiento del fantasma como indica la doxa, ¿puede concebirse un atravesamiento del fantasma que no haya dado lugar al deseo del analista? A la inversa, ¿debe excluirse éste en aquellos que practican el psicoanálisis sin haber constatado dicho atravesamiento?

Estas preguntas son difíciles de responder porque parten de una correlación estricta entre deseo del analista y aislamiento y nominación del objeto *a*. Quizás no sea así; sería ésta una concepción lógica del deseo del analista, y no parece que su índice se pueda abordar por una definición cerrada, sino que conviene situarlo cada vez. Como plantea Marie Hélène Brousse, en la práctica lacaniana el “*deseodelanalista*” (propone escribirlo así) no se puede definir “*a partir del objeto a*”. Precisa: “no es el nuestro, no podemos funcionar con el objeto que causa el deseo, por eso el ‘*deseodelanalista*’ se diferencia como un imposible. Me parece funcionar con una mezcla de división subjetiva ausente y objeto de goce vaciado” (2013: 80). Es decir: el analista opera por el tratamiento continuado de su condición subjetiva y la erosión sostenida del goce articulado a su objeto singular. Esto remite al atravesamiento del fantasma, pero esencialmente vía una elaboración sostenida de lo que su discernimiento permite.

Cabe añadir, en este sentido, que este sintagma ‘deseo del analista’ tampoco se mantiene incólume en el decir de Lacan, pues después de 1967 (justamente, el año de inauguración del dispositivo del pase) queda ya muy poco rastro de él en su enseñanza (Álvarez, 2015). Seguimos, pese a ello, teniéndolo muy en cuenta: si insiste, es que debe signar algún real, a falta de que se haya encontrado un indicador más preciso. Es en tanto real que se diferencia como imposible del objeto *a*.

En cualquier caso, si el psicoanálisis se sigue practicando, es muy posiblemente porque sigue habiendo acto analítico, así como presencia del analista. Como no todo son alegrías en eso, y dedicarse a ello es un *hard job* (en palabras de Lacan en una de sus conferencias en los Estados Unidos) (Eldar, Shula, 2003: 26), existe la práctica del control. Que la supervisión esté abierta a todos indica que no hay final de análisis que desemboque en un analista infalible y satisfecho. El acto, cuyo horror el discurso de Lacan no suaviza (Lacan, 2012: 298) no puede sino intranquilizar al practicante (Cottet, Serge, inédito). Hay, a la vez, modos diferentes de sostener el lugar de psicoanalista. Para algunos,

independientemente del tiempo cronológico, el momento es incipiente, y son proclives al extravío. Otros encuentran tras un dilatado recorrido un asentamiento de poso, y lo que les interroga de su práctica presenta un real más singular. Puede concebirse que este real destilado sea afín a ese punto de ligereza en la contingencia que despierta una alegría de la práctica.

Retomemos ahora la alegría, pero en articulación a la experiencia del control: Shula Eldar indica por ejemplo que en el control a veces “el acento de verdad que conlleva lo bien escuchado desemboca en un efecto de entusiasmo, por la satisfacción que produce una respuesta que es reveladora y cuya ganancia de saber puede ser compartida, como el buen chiste” (2003: 27). Marie-Hélène Brousse, partiendo de un caso que llevó a supervisar, concluye:

Sobre la pregunta formulada: “¿qué alegría sacamos de lo que hacemos?”, considero que es la alegría de la improvisación. Es una práctica, una experiencia donde no hay posibilidad de trabajar sin improvisar, y donde acontece una cierta relación a lo múltiple. (2013: 82)

El control colabora por tanto en el deseo del analista, a la vez que le da forma. Como indica Lucía D’Angelo: “El control declina el deseo del analista en su doble vertiente: el deseo del analista en formación y la formación del deseo del analista, en el sentido que es algo a producir” (2014: 41). La erosión que permite la enunciación del analista no es tanto un acontecimiento como una elaboración progresiva. El analista no está para alegrarse, ni para alegrar a nadie, pero la irrupción de lo inesperado, la apertura en un instante dado de la cura, puede motivar el gay saber.

#### 4- Enunciación y lugar fuera de significante

La alegría que venimos interrogando, siguiendo el hilo que Lacan propone (el de la ley), concierne ciertamente al deseo; a la vez, no excluye el goce, aspecto que conviene articular puesto que la cita de Lacan que abre a este trabajo lo sitúa en primer plano. En el punto anterior, se ha propuesto un desplazamiento desde el deseo del analista como consecuencia lógica del atravesamiento del fantasma, al deseo del analista como enunciación cincelada por el control. Al nivel del deseo, sin embargo, nos mantenemos en el plano del significante. Puede concebirse la operación analítica como el compromiso con un intervalo entre significantes, un deseo de intervalo. La presencia en cambio cae más bien del lado del cuerpo. A su vez, la alegría confirma una satisfacción. Ni el cuerpo ni la satisfacción son significantes, y no pueden omitirse estas dimensiones en el quehacer analítico: están ahí.

Por otra parte, el analista produce un efecto más allá del corte de la cadena significativa al cortar la sesión. Introduce una indicación de goce por ese corte, que tiene su eco en la enunciación que no puede quedar subsumida en la ley, en el texto. Queda así encarnado un rasgo que no es significativo, que actualiza en distintos momentos de la cura el hecho de que es preciso un valor de goce para inaugurar, así como para puntuar, la asociación libre. Miller lo expresa en las siguientes palabras:

Lo que allí está marcado con el sello de la x es, propiamente hablando, fuera del significante, lugar de lo que no es interpretable. Siempre reservó Lacan ese lugar, con riesgo de identificarlo a la presencia misma del analista, con la anotación muy precisa de no interpretar su presencia puesto que suscitaría el *acting out* al hacer montar al analista sobre la escena, ya que su presencia es su lugar fuera de significante. (2009: 11)

La presencia del analista como tal no es interpretable dice Miller: da un marco al decir del analizante pero queda más acá. La forma en que el analista puntúa presenta siempre un rasgo, un estilo, una impureza. La expresión “*lugar fuera de significante*” indica la dimensión paradójica de este marco, ya que es justamente el orden simbólico el que permite la estructura y sus lugares. El “*no interpretar su presencia*” parece remitir a una consigna freudiana: verbalizar, ante el silencio del analizante, que está pensando en algo que tiene que ver con el analista. Freud señala que esta intervención permite relanzar la asociación libre. No es menos cierto que el paciente puede suponer así que su analista cree estar en el centro de sus pensamientos. ¿No es ésta una forma de avivar el amor de transferencia? “Él quiere pensar que pienso en él”. La transferencia es motor, pero también obstáculo de la cura. No es sólo que el analista puede equivocarse, sino que al indicar su presencia en el silencio del analizante corre riesgo de dar la forma de su persona a eso que no es posible decir, al menos todavía. Esa forma transforma el marco en una pantalla, en un escenario, y ahí el paciente se puede ver llevado lógicamente al *acting*.

El analista no debe entonces representar el objeto del analizante: puede dejar ese lugar vacío para que el objeto que concierne a cada sujeto encuentre su nombre, su singularidad. Lacan precisa en ese sentido la articulación entre el marco y la presencia del analista en su reseña del Seminario sobre el acto analítico: “Porque es a partir de la estructura de ficción con la que se enuncia la verdad, que su ser mismo va a dar estofa para la producción... de un irreal” (2012: 396). El término ‘estofa’ es interesante: su raíz etimológica proviene del francés antiguo ‘*stofe*’ que significaba ‘materiales de cualquier clase’; en castellano actual significa ‘tela o tejido de labores, usualmente de seda’, y también ‘calidad, clase’<sup>3</sup>. Por un lado, entonces, es tejido o material indefinido disponible para el trabajo; por el otro, es más un estilo que una esencia. No opera pues en

<sup>3</sup> Diccionario de la Real Academia Española, entrada ‘estofa’. <http://www.rae.es>, 24-01-2018 (Disponible en internet).

tanto persona o máscara, tampoco como escoria o despojo. Sino por ser material disponible: su presencia es la de un lugar fuera de significante, y es importante que su cualidad quede indefinida.

Esta elaboración de Lacan sobre la presencia del analista, a finales de los años 60, parece desembocar en la distinción entre el deseo de Freud y el deseo del analista, que hasta ese momento Lacan hacía coincidir (Consenza, 2008: 161). Como veíamos en la cita del *Prefacio a la edición inglesa del seminario XI*, Lacan indica que Freud atendía las necesidades de sus pacientes manteniéndose en la moral judía (Lacan, 2012: 600). Esta moral judía, Lacan la sitúa después: apunta al ‘amar al prójimo’, del que Freud tomó un aspecto singular (Lacan, 2012: 601). La singularidad puede concebirse así: su amor por el inconsciente de sus pacientes nació del que profesó al suyo propio. La introducción del inconsciente impide no obstante la reciprocidad: al analista se le presenta otra cosa que un prójimo. El cual por cierto no llama a un buen samaritano, sino a la oferta de un ‘tú puedes saber algo de lo que te determina’ a la cual el analista no está seguro de poder responder (Lacan, 2012).

¿De qué forma, desde qué lugar respondía Freud?

Puede concebirse que desde un lugar distinto al de estofa de objeto que Lacan consiguiera aislar. A este respecto, resultan esclarecedoras las consideraciones del *Seminario 17*, en que Lacan interroga el lugar de Freud a partir de Yahvé (Lacan, 1987: 141-149). Yahvé, indica Lacan, es un Dios colmado de pasiones: ni el amor, ni la ignorancia, ni el odio le faltan. A partir de esa referencia, Lacan define “lo que distingue a la posición del analista”: “no participa de estas pasiones” (1987: 144). Y, justo después, explicita dónde queda el analista entonces: “Esto le hace estar en todo momento en una zona incierta en la que vagamente está a la búsqueda, siguiendo al paso, para estar en el ajo, en lo que se refiere al saber que sin embargo ha repudiado” (1987: 145). Este saber es un saber acerca del sexo. Lacan señala en este sentido la forma en que Freud se desliza de la posición analítica: “Freud (...) se detiene, fracasa, haciendo de la temática del padre una especie de nudo mítico, un cortocircuito,

o, para decirlo todo, un fallo. (...) Se lo he dicho, el complejo de Edipo es el sueño de Freud” (Lacan, 1987: 145). No en vano el profeta citado durante aquél seminario, Oseas, es quién hace existir una relación, al modo de una metáfora conyugal, entre Yahvé y su pueblo. De forma análoga: en el lugar en que está la no relación sexual, Freud sueña un saber, el complejo de Edipo; y un agente, el padre, que prohíbe el goce signando un vínculo prohibido y otro legítimo. Lacan llamará después “*residuo de mito en la teoría psicoanalítica*” (1987: 164) al complejo de Edipo. Podemos considerar que esta estructura limita a Freud en su “estar a la búsqueda”: un plus de mito es lo que puede obstaculizar el residuo de ser que el analista precisa vestir. El padre en tanto referencia de verdad es un vestigio no analizado en Freud que limita su quehacer por la moral.

La alegría en la práctica del psicoanálisis, como veíamos, interroga la ética. Aunque no en la vía de la ecuación paterna. Tampoco concierne al dinero, ni a la moral. Cabe situarla en resonancia con esa “*zona incierta*”, ese “*estar a la búsqueda*” que permite haber cedido aquel saber que cada uno cree tener, por el fantasma, sobre la relación sexual.

Esta alegría que concierne al analista no está para hacer uso de ella activamente en la dirección de la cura. No parece un asunto de técnica psicoanalítica, ni es guía de la interpretación. Está quizás entrelazada a la enunciación singular que firma el acto psicoanalítico, haciendo imposible su anonimato.

La pregunta, sin embargo, Lacan la mantendrá abierta casi 10 años después: “Queda el interrogante de lo que puede empujar a alguien, sobre todo después de un análisis, a hystorizarse por sí mismo. [...] ¿Cómo puede ocurrírsele tomar el relevo de esta función?” (2012: 600). Es pues exigible; su respuesta puede hallarse, a distancia del padre, caso por caso.

## Bibliografía

- Álvarez, Margarita. (2015). “El deseo del analista: un recorrido conceptual”. En, *Cuadernos de psicoanálisis* 34.
- Brousse, Marie-Hélène. (2013). “Eldeseodelanalista” p. 80- 82. En, *Freudiana* 68.
- Cottet, Serge. (Inédito). “L'intranquillité du psychanalyste.” Coloquio del 5 de febrero del 2011.
- Consenza, Domenico. (2008). *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis* p. 161. Barcelona: Gredos.
- D'Angelo, Lucía. (2014). “El principio del control y la garantía” p. 41. En, *Freudiana* 70.
- Eldar, Shula. (2003). “Algunos apuntes sobre el control y su práctica” p. 26- 27. En, *Freudiana* 36.
- Lacan, Jacques. (2012). “Alocución sobre la psicosis del niño” p. 389. En, *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (2012). “Proposición del 9 de octubre 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela” p. 270. En, *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (2012). “Prefacio a la edición inglesa del seminario XI” p. 600, 601. En, *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (Inédito). *Séminaire XV, L'acte analytique, séance du 6 décembre 1967*.
- Lacan, Jacques. (2012). “El acto psicoanalítico” p. 396. En, *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (1987). *El Seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (2012). “Discurso en la Escuela Freudiana de París” p. 298. En, *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (1987). *El Seminario, libro 17, El reverso del psicoanálisis* pp. 141- 149. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, Éric. (2000). “Su control y el nuestro” p. 22. En, *Freudiana* 30.

- Miller, Jacques-Alain. La epopeya de Lacan: seminario de política lacaniana 2.
- [http://www.silviaelenatendlarz.com/Coleccion-Diva/Fasciculos/Fasciculos\\_07.pdf](http://www.silviaelenatendlarz.com/Coleccion-Diva/Fasciculos/Fasciculos_07.pdf), 24-01-2018 (Disponible en internet), 1998, p. 7.
- Miller, Jacques-Alain. (2013). *Piezas sueltas*. Buenos Aires: Paidós, Buenos Aires.
- Miller, Jacques-Alain. (2005). *El banquete de los analistas*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, Jacques-Alain. (2009). “Una lectura del seminario ‘De un Otro al otro’” p. 11. En, *Freudiana 57*.
- Naveau, Pierre. (2014). “Deseo del analista”. En, *Scilicet, Congreso de la AMP 2014*. Buenos Aires: Grama.
- Stevens, Alexandre. (2001). “Dinámica de la formación del psicoanalista”. En, *Virtualia 3*.